



Gustavo Adolfo
Bécquer

RIMAS



EDITORIAL
CUADERNOS
DEL LABERINTO

Gustavo Adolfo Bécquer

RIMAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

-ANAQUEL DE POESÍA, nº21-

MADRID • MMXIII

De la edición © Editorial Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Del prólogo © Luis García Arés

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: 23 de febrero, 2013

I.S.B.N: 978-84-940581-0-3

Depósito legal: M-4889-2013

Imprime Cimapress (Madrid)

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
(Retratado por su hermano Valeriano)

PRÓLOGO

Fue en 1871 cuando, a título póstumo, se editó por primera vez en la imprenta madrileña de Fontanet las obras completas de Gustavo Adolfo Bécquer, en dos volúmenes. Habían de pasar seis años más (1877) para que Fernando Fé acometiera la 2ª edición. Después, la 3ª en 1881, la 4ª en 1885, y así hasta el día de hoy, en que puede decirse que las ediciones becquerianas son innumerables.

Pero, ¿cómo era Gustavo Adolfo Bécquer? Conocemos, sí, todo cuanto dejan traslucir sus escritos, (rimas, cartas, leyendas, etc.) pero su aspecto físico no está, ni mucho menos, tan bien documentado. Son fundamentalmente tres las fuentes de que disponemos: La primera de ellas es el retrato que le hiciera su hermano Valeriano y que muestra al poeta con capa, con perilla

y bigote. Es, con mucho, el más conocido y en hablando de Bécquer cualquiera se remite mentalmente a él. Es «el Bécquer de siempre», y con esto queda dicho todo.

La segunda información fiable se la debemos al artista Palmaroli, quien en el lecho de muerte del poeta hizo un esbozo de su cuerpo yacente. No es una temática, desde luego, que se preste al elogio, pero no cabe duda de que estamos ante un documento informativo de primera magnitud.

Y la tercera fuente de que disponemos es radicalmente distinta de las anteriores, pues se trata nada menos que de una fotografía. Hoy día pasaría totalmente inadvertida, pero, habida cuenta de la época en que se realizó, puede calificarse de documento excepcional. En ella aparece el poeta de cuerpo entero, un tipo clásico del siglo XIX; y su figura ha sido elegida con total acierto para ilustrar el libro de Montesinos (Biografía e Imagen). Entre mi biblioteca becqueriana tengo el honor de disponer de un ejemplar dedicado de puño y letra por el biógrafo.



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,
(Fotografía tomada entre los años 1865-67)



BÉCQUER EN SU LECHO
(Por Palmaroli)

Hasta aquí el Bécquer convencional, el que todos conocemos. Para profundizar más en su vida y obra es necesario recurrir a los textos, en especial a las Rimas, que son, para el lector, sinónimo de amor, de auténtico sentimiento, de dolor, pérdida, esperanza... Es cierto que Bécquer nos habla de sí mismo: de su pasión por Julia Espín, de su propia experiencia ante el nacimiento del amor, del dolor ante el engaño o la muerte...; pero, igualmente, es cierto que logra convertirse en puro transmisor y su voz se torna en VOZ universal.

También es, realmente, llamativa la hipersensibilidad del poeta que percibe y nos acerca a ese mundo misterioso que habita los límites de la vida, las sensaciones sin nombre que rodean el arcano de la existencia. Encontramos múltiples ejemplos del vínculo de Bécquer con esta otra realidad: «No dormía; vagaba en ese limbo» (Rima LXXI), «Yo me he asomado a las profundas simas/de la tierra y el cielo» (Rima XLVII)... Bécquer, el poeta que constantemente mira al cielo, que persigue el sueño, abraza la quimera y lo

intangible y que con tan sólo cinco versos nos ofrece un universo en donde los elementos esenciales se unen:

Hoy la tierra y los cielos me sonrían;
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy la he visto...
la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

Quedémonos con la imagen que él mismo plasmó en su autorretrato con las musas; quedémonos en esa orbe de ensoñación y placer, de esencia intangible y brotar de emociones; quedémonos en los ojos del adolescente que descubre por primera vez las Rimas y aprende con ellas las sensaciones del primer amor, pero quedémonos también con la mirada del lector adulto que vuelve una y otra vez a esta joya universal y eterna que siempre sabe acariciar el alma.

LUIS GARCÍA ARÉS



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

«EL POETA Y LAS MUSAS»

(Autorretrato, 1860)

INTRODUCCIÓN SINFÓNICA

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas

de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse al beso del sol en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en terrible, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por donde salir a la luz, de las tinieblas en que viven. Pero, ¡ay, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra tímida y perezosa se niega a secundar sus esfuerzos! Mudos, sombríos e impotentes, después de la inútil lucha vuelven a caer en su antiguo marasmo. Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cae el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino.

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres: ellas son la causa desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí: paseando por

entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término y a éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya, como las raquílicas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia, disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso a las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Andad, pues! Andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables. Os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estrofa tejida de frases exquisitas, en las que os pudierais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. Mas es imposible.

No obstante necesito descansar: necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo, por cuyas hinchadas venas se

precipita la sangre con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que avienta por el aire la muerte antes que su Creador haya podido pronunciar el *fiat lux* que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque a la vida de la realidad del limbo en que vivís, semejantes a fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan a la vez que el instrumento las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza a flaquear y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué casos he soñado y cuáles me han sucedido; mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales; mi memoria clasifica, revueltos nombres y fechas

de mujeres y días que han muerto o han pasado con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si *morir es dormir*, quiero dormir en paz en la noche de la muerte sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo a cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje; de una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanqui, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

Junio de 1868.

NOTA EDITORIAL:

Se incluyen en esta edición las setenta y nueve Rimas contenidas en el *Libro de los gorriones*, manuscrito de Gustavo Adolfo Bécquer que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Rimas

de

Gustavo Adolfo Becker.
